



Texto **Josune Bereziartu**
Fotos **Rikar Otegi**

FOTOGRAFÍA DE UN INSTANTE ETERNO VIVIDO EN EL COLLARADA

RECOSTADA solo unos instantes sobre el muro blanco del pórtico del "chalet" de altura (2074 m), respiro por cada uno de mis poros los rayos divinos del Sol. Vacía aun de ensoñamiento, los efectos embriagadores no tardan en aparecer. La dulce pesadez se manifiesta en todos mis miembros, anulando su capacidad cognitiva. Mis sentidos emborrachados reciben a su libre interpretación las emociones destiladas de este bello lugar. Así, se me antoja que este modesto edificio es un gran navío de maderas nobles con las que solo se pueden construir las goletas que gozan de vida propia. Amarrado para siempre en esta dársena estacional, se lamenta de su cautividad. La imposibilidad de navegar a los diferentes destinos que se le muestran ahí delante entristecen su espíritu aventurero.



Josune Bereziartu. (Lazkao – Gipuzkoa 1972). Considerada como la mejor escaladora mundial de la historia, cuenta en su haber numerosos hitos y records de renombre, como Bimbaluna en escalada deportiva y Ojo crítico en alpinismo.

Desde sus ventanales, ahora cerrados por contraventanas de color azul, como unos ojos cerrados reteniendo la idílica vista de los enormes muros vestidos de seda blanca que emergen enfrente, me imagino, jadeante, en una de las tantas posibilidades de actividad que ofrecen los recovecos de estos muros inexplorados. ¡Puf! ¡Qué cansina! Voy a descansar un rato en la cima... O mejor, me quedo recostada en la cubierta de la goleta mientras la suave brisa del mar acaricia mis mejillas.... ¡Puf! Va a ser duro volver al porche de la casita blanca de brillantes ventanales metálicos ubicada en el circo del Ibón de Ip.

Hemos salido muy temprano, casi de madrugada, esta mañana de comienzos del mes de abril. La nieve se muere un poquito más en el transcurrir de los días de la primavera calurosa. La estabilidad meteorológica es inexistente y se desdice constantemente de la afirmación anterior. Como consecuencia, la esquuada a la que aspirábamos tan solo unas jornadas antes se ha quedado en el libro de las pretensiones y, sobre la marcha, hemos diseñado una foqueada sin duda más alocada.

La nieve se muere un poquito más en el transcurrir de los días de la primavera calurosa



■ El restaurado chalet de los ingenieros

Rikar, que venía un poco rezagado, finalmente ha alcanzado mi altura. Ágilmente se descalza los esquís para reposarlos sobre el inmaculado muro. Atraído por su curiosidad innata, se acerca a la portezuela de la casita. A la vista está que permanece cerrada a cal y canto desde muchos años atrás. Sin embargo, su subconsciente de supervivencia lo empuja a intentar lo imposible. Definitivamente, la tormenta pronosticada para la tarde la habremos de esquivar en el pequeño habitáculo incrustado en la roca, que desde unos metros más allá nos observa recluso.

¡Josune, vuelve aquí! -me parece oír....-

Reacciono a su exigente demanda, pero es inútil. Mi corazón esta preso por el hechizo vertido por las diminutas presas de las gigantescas paredes que me miran fijamente como queriéndome raptar. Y es que, a pesar de la huella del hombre, a pesar de este "chalet" sustituto de los barracones que a mediados del siglo pasado albergaron a los humildes trabajadores que represaron el lbón de Ip y construyeron el sistema de tuberías que conecta el gran salto de agua con la estación eléctrica de Canal Roya, este pequeño reducto pirenaico recupera su singular belleza alpina en invierno, cuando los pétalos blancos maquillan las impurezas sufridas por el progreso humano y recupera éste, el enigma y el atractivo que el paso del

hombre borra sin piedad. El ambiente es absoluto y embaucador. El silencio es ensordecedor. Realmente, me es imposible volver de la gloria. Tan solo las explicaciones agradables que Rikar chapurrea sobre el lugar y nuestra rara elección distraen mis oídos, concentrados en escuchar los aullidos de silencio de esta sencilla y hermosa PAZ.

Abajo, realmente muy abajo, a casi mil metros de desnivel, está nuestro coche, aparcado en el puentecito de Canfranc Pueblo. Teníamos en mente realizar una excursión extensa. Al principio pensamos que sería razonable comenzar la caminata desde el parking que da acceso al valle de Izas, ya que desde allí tendríamos la posibilidad de calzarnos los esquís casi al inicio. Desde allí ascenderíamos hasta Punta Escarra primero y Collarada después. Sin embargo, en el mismísimo instante de la madrugada en el que sonó el despertador dando la voz de alarma, nos dejamos llevar por la aventura de lo ilógico. Emocionados, sin considerar los "pequeños detalles", decidimos abordar ambos picos comenzando la incursión por el valle de Ip. Estábamos totalmente convencidos de nuestro cambio de planes, incluso admitiendo que habríamos de portar los esquís sobre nuestras espaldas un rato largo. Un par de frontales, conforme dios manda, en lugar de las diminutas e-Lite y un extra de alimento, por si las moscas, era lo único extraordinario a tener en cuenta...

Una vez en el lugar elegido, no pudimos evitar sufrir un temblor de una alegría un tanto pueril e ingenua, al vernos rodeados de un jardín totalmente verde, en donde alguna florecilla primaveral que, avergonzada por lo temprano de la estación, asomaba el morrillo para saborear el calor del sol. Los primeros pasos fueron firmes. Nuestras PDGs pisaron con solvencia sobre el irregular y pedregoso terreno. Sin embargo, a mitad de camino, los detalles sin importancia atentaron con un golpe de estado nuestra voluntad. La información recogida por nuestros sentidos dotaba de alas a la incertidumbre y el olor de la resina de los pinos distorsionaba la realidad creando dudas muy razonables en el ambiente: ¿realmente estábamos en invierno? Finalmente, mil metros de veraniega ascensión dieron a nuestros esquís la oportunidad de acceder a su lugar natural. Agarrados con cariño a las botas comenzaron a deslizarse de nuevo firmemente, ayudando a nuestra certeza a reconquistar todo el terreno perdido.

No podemos evitar sufrir un temblor de alegría al vernos rodeados de un jardín totalmente verde



■ Camino del Ibon de Ip desde Canfranc Pueblo, con tiempo verdaderamente estival

¡Qué maravilla! - me parece responder...-

Vuelvo a montar en mis amados purasangre, el tiempo se echa encima y todavía nos queda ruta por recorrer antes de que el cielo proteste. Paralela a la Pala de Ip, sin un plan establecido, persigo a Rikar. El rumbo lo elige sobre la marcha y ¡a la marcheta! Puf, me cuesta seguirlo... En diagonal y hacia el este, nos damos de bruces con el final del circo. Hemos alcanzado el collado de Punta Escarra (2588 m) por su extremo izquierdo. Ahora la curiosa soy yo y me asomo con cautela y en busca de alguna huella reciente, por encima del corredor norte del Escarra que tengo bajo mis pies. No veo ninguna. Por contra, mucho más abajo, ya en su base, la colada de nieve y grandes bloques de hielo, me cuentan el lógico devenir de las precipitaciones de nieve para la altura de estación en la que estamos.

Mientras mojamos nuestros labios con agua y nos alimentamos con unos picos de queso y membrillo, tomamos una decisión en un visto y no visto, pues el viento en el borde del collado nos obliga a ello. La sonrisa pícaro desencadenada en mi cara aprueba la idea que surge entre los dos. Disfrutando como unos niños, descendemos esquiando sobre nuestras huellas hacia el Ibon de Ip y el "chalet". La idea de darle una vuelta completa al Collarada (2883 m), ascendiendo al cono gigante que tenemos ante nosotros, me ha cautivado. Desde el "chalet" lo vemos claro, elegimos como punto de partida el gran corredor noroeste, por el cual ascendiremos a la cima una vez superada la vertiente norte.

Después, descendiremos girando sobre la misma cúpula somital, dando la vuelta a la montaña por el collado de Ip (2587 m), hasta llegar al mismo ibón desde donde habremos partido. En fin, una se miente a si misma con la misma facilidad que la imaginación realiza todo el recorrido en un visto y no visto. Llevamos 1500 metros de desnivel positivo, le vamos a añadir más de 800, además de los últimos 1000 metros hasta la carretera de Canfranc...

■ Por fin primeras nieves a la altura del Ibon de IP. Al fondo los murallones de la cara norte del Collarada

¡Voy a sufrir...!

El sol comienza a alumbrar la base del gran corredor. La impaciencia que hace ya tiempo padecemos en silencio Rikar y yo, actúa de chispa y como cohetes salimos impulsados en rápidas zetas corredor arriba. Pero a media altura, antes de entrar en el plateau que se extiende hacia la izquierda justo debajo de la cumbre, la nieve permanece peligrosamente dura y la pendiente adquiere un gradiente excesivo como para continuar con esquís. Se trata de un tramo corto que realizamos con cuchillas hasta alcanzar las impresionantes paredes que cierran el plateau por la izquierda. A la derecha, las que ascienden hacia los Campanales de Collarada, no lo son menos. Por doquier el rincón desprende magia de la que difícilmente puedo abstraerme.

Nos desviamos unos metros hacia un pequeño rellano en la base de las paredes para quitarnos las molestas cuchillas. Miro la roca pero no la puedo ver. Necesito posar mis palmas para descubrir su verdadera identidad. Tocar, palpar, mirar... una línea evidente que describe la roca logra atravesar la bóveda del cielo... ningún obstáculo se antepone entre esta caliza gris y yo: el nudo de la cuerda, los pies de gato, las manos blancas de magnesio, fluir sobre la roca... ¡Ya no sé qué más puedo desear! Rikar me toma la mano cariñosamente, el día se nos echa encima...

Necesito posar mis palmas para descubrir la verdadera identidad de la roca



Proseguimos unos metros más, ahora ya con los crampones, hacía el único estrechamiento posible al que nos conduce esta pendiente que por momentos se empina más y más y absorbe ahora toda mi atención. ¡Por fin el último cramponazo cambia de plano! Hemos salido del sombrío estrechamiento y dado los primeros pasos, firmes y serenos, sobre la cara sur del Collarada. Ahora ya nos volvemos a topar con un terreno idóneo para que mis purasangres cabalguen hacia el corredor sur el cual nos dejará en la mismísima cima del Collarada. ¡Puf!, este final se me hace largo, pesado, cansino. Me paro otra vez, para darme un respiro y desviar la mirada al origen, al mismo lugar en donde las nubes de tormenta nos tenían que echar del monte a empujones. Pero los cúmulos del mediodía han desaparecido totalmente, incluso el previsible calor simplemente se ha sustanciado en un amago. ¡Ole! Este suspiro retrospectivo me llena de energía para interpretar en este escenario natural nuestro viaje sin ataduras.

¡Uuuuff! ¡Ya estamos en lo más alto! El Collarada está omnipresente en esta región de la Jacetania. Desde la Moleta, Bisaurin, Anayet Llana del Bozo, Aspe...lo he visto esta temporada... ¡Ahora estoy aquí arriba! ¡la ilusión es tan grande que no me reprimo en dar un abrazo a Rikar!

Nos preparamos para el prometedor descenso... ¡Yujuuu!

Bajamos de la cima destreando hasta encontrar un lugar propicio para calzarnos los esquís, la idea de esta aventura es darle una vuelta completa al Collarada y para ello de-



■ Paso tranquilo y cansino, las fuerzas escasean ya en la cara sur del Collarada



■ ¡Cumbre!

bemos esquiar hacia el este para descender por el Collado de Ip que se encuentra doscientos metros más abajo. A los primeros giros cautelosos le siguen otros con gran desparpajo al encontrar la nieve y la esquiada simplemente inmejorables. Consciente del marco especial en donde me encuentro y sabedora del lujo que tengo delante de mí, saboreo cada giro, cada vuelta como si fuera la última.

Los cuádriceps de Rikar le dan gritos de socorro, me paro junto a él y miro a lo alto: como un cuchillo corta la peladura de la naranja, nuestros esquís dibujan sobre la superficie de esta última pala todo un viaje en rededor de sí mismo. De nuevo nos encontramos en el ibón de Ip. Nuestros ojos se llenan hasta rebosar, de Cara Norte del Collarada y aledaños. No me atrevo a describir este paraje ya que no encuentro palabras adecuadas que puedan explicar su belleza. Y las pocas halladas tan solo servirían de aplauso, como un sonido de ovación ampliado que jamás apagaría el silencio y quietud de espíritu que alguien sensible como nosotros percibe al mirarlo.



■ Josune tras filmar el descenso de Rikar

“La vida siempre la he encontrado fuera de la inmovilidad. El cambio de aires y la recuperación de lo episódico a pesar de que transcurra por su natural excitación a un ritmo frenético alargan el sentimiento de haber vivido el tiempo con plenitud y durante “mucho tiempo.”

El tiempo, esa enfermera muda que siempre aparece cuando más se la necesita. Discreta, amable, amorosa, dispuesta a todo sacrificio en pos del servicio mágico que ofrece a todo paciente que mira de reojo el paso del tiempo. Portadora del elixir que hace del pasado presente. Sanadora de desagradables contratiempos, siempre asoma eterna en nuestra memoria de aventuras vividas y desaparece cuando la monotonía de los acontecimientos lo requiere para que así el paciente los olvide sin darse cuenta del paso del tiempo.

Mi deseo de percepción de vida austera pero eterna, conjuga el presente a la perfección con acariciar cada vez una cima, un collado, un valle... un ibón junto a Rikar.” □

Nuestros ojos se llenan hasta rebosar de Cara Norte del Collarada y aledaños